

EL MUNDO DESPUÉS DEL **CORONAVIRUS**

Félix López
Arístides Hernández (Ares)



SAMARCANDA

El mundo después del coronavirus

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Derechos reservados © 2020, respecto a la primera edición en español, por:

© Félix López

© Arístides Hernández (Ares)

© Editorial Samarcanda

ISBN: 9788417941123

ISBN e-book: 9788417904494

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.

Plaza de la Magdalena, 9, 3 (41001-Sevilla)

www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

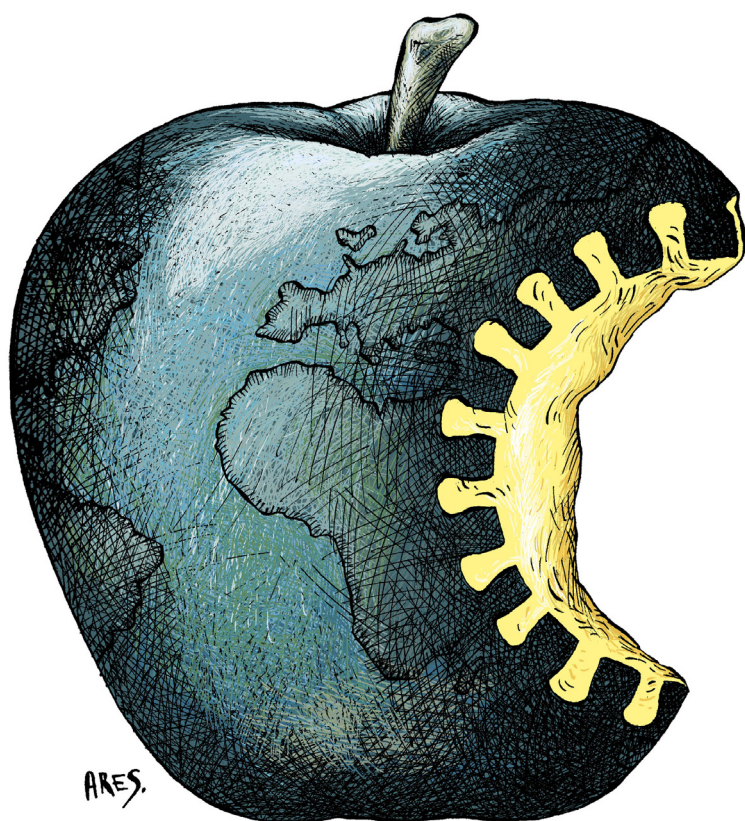
*A todos los que esperan una vacuna.
Comencemos por inmunizarnos el alma.*

Ares y Félix

*«Solo hay dos maneras de vivir tu vida:
Una es como si nada es un milagro.
La otra es como si todo es un milagro».*

Albert Einstein

CONFESIONES A CUATRO MANOS



ARES.

Ares y yo nos conocimos hace veinticinco años en La Habana. Entonces él era un siquiatra que dibujaba las locuras de este mundo y yo un alienado aprendiz de periodista que quería convertirse en escritor. Los dos, cada uno por su cuenta y riesgo, sobrevivimos a un cúmulo de «epidemias» que ponen a prueba la serenidad de los seres humanos y su capacidad de aferrarse a la esperanza: crisis económica, guerra fría, huracanes, desamores y gente tóxica, esa suerte de bacterias persistentes con la que tienes que lidiar desde que naces hasta que mueres. Habíamos vivido un cuarto de siglo y nos sentíamos inmunes a todos los retos de la naturaleza o de la vida. En fin, unos vencedores.

En esa época, mitad de la década de los noventa del siglo XX, éramos felices con muy poco. Recuerdo que no teníamos casa propia, ni dinero en el banco, ni coche, ni viajábamos por el mundo. En Cuba todos estábamos vacunados contra la poliomielitis, el tétano, la tosferina, la difteria, la fiebre tifoidea, la rubéola y el sarampión. *La Peste* era para nosotros una novela de Albert Camus, que nos dictó con una oración una cátedra de supervivencia: «Donde no hay esperanza, debemos inventarla». Los virus que destruían a la humanidad solo eran posibles en filmes de *Hollywood*, como *12 Monkeys* (1995), donde Bruce Willis interpretó a James Cole, un extraño hombre del futuro que viaja al pasado en busca de respuesta a su dilema existencial: «¿Realmente estamos condenados desde el principio, o existe una forma de romper con el camino predestinado y salvarnos juntos?». Fantasías y frivolidades del cine, juzgábamos con desprecio desde la luneta.

Estábamos convencidos de que las pandemias más letales de la historia de la humanidad no podían repetirse y desafiar el desarrollo científico y tecnológico alcanzado por el hombre: la Peste Negra de 1347, la Viruela de 1520, la Gripe Española 1918, pasando por otras que provocaron el exterminio de una parte im-

portante de la especie humana. El cólera, que se cobró un millón de vidas en 1817, lo metabolizamos a través de la exquisita novela de Gabriel García Márquez, *El amor en los tiempos del cólera*, donde el Gabo nos legó sus dos descubrimientos científicos sobre esta epidemia. Primero: «Amor del alma de la cintura para arriba y amor del cuerpo de la cintura para abajo». Segundo: «El amor se hace más grande y noble en la calamidad». Todo lo demás quedó archivado en las hemerotecas y expuesto en los museos como prueba del horror vivido por la humanidad: *El corral de los apestados*, de Goya; *La Plaga*, de Poussin; *San Rocco atacado por la peste*, de Tintoretto; *La fiebre amarilla*, de Blanes; o *Las siete obras de la misericordia*, de Caravaggio.

Ares y yo pasamos otros veinticinco años enfrascados en los proyectos existenciales de la década de los noventa. Él se convirtió en un «notable caricaturista», como lo califican los críticos, con una genial obra que ha sido merecedora de los más importantes premios de su arte en América Latina y en el mundo. Durante todos estos años no se detuvo la embestida brutal del hombre sobre la naturaleza y Ares dibujó sin parar a los depredadores del medio ambiente, los halcones de la guerra, a los consumistas compulsivos y ha explorado con tinta los oscuros o radiantes sentimientos de los seres humanos. Quizá sus estudios de medicina y siquiatria lo dotaron de una sensibilidad especial —y también espacial— para dar vida a unos personajes voluminosos, que a la luz de los acontecimientos vividos se transformaron de gorditos bonachones en seres grotescos.

Ares creció de caricaturista a ilustrador y pintor autodidacta, mientras yo recorrí parte de Sudamérica aprendiendo el arte de entender y escribir. Pasaron los años y un día lo invité a Caracas, donde montamos entre los dos una de sus exposiciones, que prestigió la galería del Centro de Estudios Latinoamericano Rómulo Gallegos. Para mí, que soy Aries viral, fue una lección aquel re-

encuentro con el artista encumbrado. Llegó con su humildad de siempre, con su carácter de buen vecino de barrio y ese humor suspicaz que alumbra hasta la noche más oscura. Por aquellos días, pocos hablaban con sinceridad del cambio climático, la capa de ozono rota, el deshielo de los glaciales y el planeta convertido en vertedero de plástico, sustancias tóxicas y radiactivas. Vivíamos con tanta prisa y prisioneros del tiempo, que nos parecía casi normal que el VIH-Sida se llevara la vida de treinta millones de personas, la gran mayoría de ellas en África. El cólera se multiplicó a la vista por treinta males superiores y «la vida siguió como siguen las cosas que no tienen mucho sentido».

La orgía del derroche, contrapuesta a la hambruna y las oleadas migratorias del Sur pobre al Norte más rico del mundo, el consumo desmedido y la filosofía de «vales lo que tienes», nos embarcó a todos en esta suerte de *Titanic* del siglo XXI, donde la naturaleza ha dicho basta, recordándonos que la responsabilidad de la armonía en la tierra es de todos. Pero, aun así, ni una decena de terremotos, tsunamis, huracanes y la desaparición de especies obró el milagro de que los hombres recapacitáramos. En la navidad de 2019, cuando unos llenaban sus despensas con champaña y otros no tenían ni agua para beber, dicen que fue un simple murciélago quien arruinó la celebración de Wuhan, capital de la provincia china de Hubei. Cuentan que lo vendieron en el concurrido y bullicioso mercado local de animales exóticos por unos generosos yuanes, y desde allí se diseminó por el planeta una contagiosa gripe que conocimos semanas después como «virus de Wuhan», «virus COVID-19», o «SARS-CoV-2», nombre oficial, aunque para Donald Trump también se llamó «el virus chino».

La mayoría estábamos tan ocupados en los preparativos de los festejos de fin de año, que no imaginamos lo que vendría después de Wuhan. El coronavirus, que a todas luces no se reconoció y

alertó con la rapidez debida, había llegado para expandirse por el mapamundi. Nos tomó por sorpresa y nadie estaba preparado para sus efectos letales. De Wuhan viajó a Corea del Sur, Japón e Italia. De Italia saltó a España, al tiempo que contagió al resto de Asia y Europa. De Europa cruzó a América Latina, los Estados Unidos, Australia y África. El 31 de enero de 2020 la Organización Mundial de la Salud (OMS) decretó apresurada la «alerta mundial sanitaria», el 11 de marzo elevó su rango de riesgo a «pandemia mundial» y el 19 de marzo recomendó a todas las naciones del planeta «entrar en cuarentena». Fue así, casi sin darnos cuenta, que Ares y yo nos vimos un día encerrados en nuestras casas, como la mitad de la humanidad. Ares en su hogar en La Habana, con su familia, y yo con la mía en una remota playa de Andalucía, en España. Los dos siempre cerca del mar, pero esta vez a siete mil seiscientos kilómetros de distancia.

España se convirtió en pocos días en el epicentro del coronavirus en Europa. Una mañana desperté, miré al mar y decidí que la cuarentena forzada no era solo un regalo para avanzar en la novela que escribo. El Aries interior me impulsó a contarles a otros mis percepciones sobre la pandemia y comencé a redactar un post semanal en mi bitácora de *Facebook*. Antes de subir la segunda entrega descubrí que mi amigo Ares, desde La Habana, hacía algo similar con sus caricaturas. Le envié un mensaje y le avisé que utilizaría uno de sus dibujos para ilustrar mi próxima viñeta. Ese domingo me escribió mi suegra desde Cuba y me sugirió que guardara esos trabajos para un futuro libro. Juana Berges, es socióloga y también autora, de manera que una suegra así casi siempre tiene la razón. Para mi sorpresa, al día siguiente me contactó Ares a través del *Messenger* y me dijo: «Brother y si empezamos a pensar en un libro». Lo primero que exclamé fue «¡vaya suegra que tengo!», y veinticuatro horas después estaba escribiendo el primer boceto.

Mientras Ares y yo trabajábamos en tiempo real y a contrarreloj este libro, Océano Atlántico mediante, la inmensa mayoría de quienes van a descodificar sus caricaturas y a leer mis reflexiones, no habían tenido tiempo de metabolizar en toda su dimensión el mundo que viene después de la pandemia. Todavía andamos estupefactos y sacudidos por la cercanía de la muerte. Apenas estamos entendiendo que la naturaleza nos ha plantado cara y nos ha mostrado que solo somos un simple, frágil y débil eslabón en la cadena evolutiva y por tanto no tenemos el derecho de seguir destruyendo el planeta que nos fue dado en calidad de préstamo generoso y no como propiedad privada. Por estos días hemos comprobado que el coronavirus apareció sin preguntar quién es banquero o quién es pobre. La factura nos está llegando a todos sin distinción de clases, aunque los más honestos estemos pensando que hay unos que deberían pagar más que otros por esta desgracia.

El mundo después del coronavirus quiere ayudar a entender la sociedad en la que vamos a vivir después de la última pandemia. Reconozcamos que también estamos contagiados por las interrogantes: ¿Cómo sobrevivirán la economía mundial y nuestras cuentas domésticas? ¿Cómo serán a partir de esta experiencia las relaciones entre los seres humanos? ¿En qué Dios depositaremos la fe? ¿Cuál será en adelante nuestra relación ética con los medios de comunicación que nos informaron y engañaron a partes iguales? ¿Qué lugar van a ocupar los médicos y la ciencia en este nuevo ciclo de la vida? ¿Y las guerras, serán con misiles o con virus? ¿Hasta dónde seguirán escalando la idiotez y la indiferencia del hombre frente a la naturaleza? ¿Y los políticos, entenderán de una vez que forman parte del problema y cada vez se distancian más de las soluciones? ¿Cómo seremos cada uno de nosotros después del coronavirus? ¿Cuál será el próximo reto o qué nuevo virus tomará a la tierra por asalto? ¿Lo entendimos todo o todavía tratamos de comprender esta experiencia?

Durante millones de años fuimos adiestrados para creernos que las cosas ocurren porque sí. Y nos dejamos engañar. Ares y yo creemos, cada uno con su instrumento de expresión, que los trances suceden siempre por responsabilidad de alguien o de algo, ya sea un hombre, un sistema, una idea equivocada o las tres cosas juntas. En adelante la humanidad anhelará la pronta aparición de la vacuna contra el SARS-CoV-2. Ojalá y los científicos nos sorprendan más temprano que tarde. Pero mientras eso ocurre, modestamente, queremos aportarte un poco de inmunidad desde la reflexión y el optimismo, desde los valores y el amor por la vida en la tierra, desde la responsabilidad que tenemos en dejarle un planeta más limpio y sano a nuestros hijos. Prometemos, bajo juramento, que lo hacemos a título personal e impulsados por sentimientos humanos, sin elección de colores raciales, políticos o creencias religiosas. *El mundo después del coronavirus* tiene una tesis de principio a fin: por más grave que sea el escenario post pandemia, la esperanza se pondrá a la altura del sol, que siempre refleja la sombra oscura detrás de nuestra espalda. A esta altura de la invitación de seguro te estarás preguntando: «¿Y estos dos cómo saben lo que va a pasar mañana?». Es sencillo, con Albert Einstein aprendimos e inventamos la respuesta: «La imaginación es más importante que el conocimiento». Pasa esta página y compruébalo.